

LAURENCE REES

«Este inquietante
libro es oportuno,
relevante e importante.»

Ian Kershaw



En la mente nazi

12 ADVERTENCIAS
DE LA HISTORIA

CRÍTICA

LAURENCE REES

EN LA MENTE NAZI

12 advertencias de la historia

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2025

En la mente nazi. 12 advertencias de la historia
Laurence Rees

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estará contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayude a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Nazi Mind. Twelve Warnings from History*

© LR History Limited, 2025

© de la traducción, Gonzalo García, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-803-7
Depósito legal: B. 16.115-2025
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Printed in Spain - Impreso en España



Difundir teorías conspiranoicas

Los nazis prosperaron empleando diversas teorías de la conspiración y, para convencerse de que estaban en lo cierto, recurrían a los mismos procesos mentales que los teóricos conspiranoicos de nuestros días. La única diferencia es que las teorías conspiranoicas de los nazis sirvieron de base para el crimen más horroroso de la historia: el Holocausto.

Muchas de las teorías conspiranoicas que los nazis utilizaron nacieron con la primera guerra mundial. De hecho, sin la primera guerra mundial y la prolongada sombra que proyectó, ni habría habido un Partido Nazi ni Adolf Hitler habría sido canciller de Alemania. Para arrojar luz sobre las mentalidades de los nazis, por lo tanto, es imprescindible comprender cómo aquella primera contienda —la que fue en su momento «la Gran Guerra»— se convirtió en prisma a través del cual muchos de ellos concibieron el mundo y el lugar de Alemania en él.

En parte, esta guerra surtió un efecto tan intenso —no solo en los nazis, sino en la psique alemana en su conjunto— por las enormes oscilaciones de ánimo que provocó. La humillación definitiva de 1918 resultó aún más difícil de soportar porque cuatro años antes, cuando se declararon las hostilidades, muchos alemanes estaban felizmente convencidos de que ganarían la guerra. Las teorías conspiranoicas que emergieron hacia el final de la contienda no habrían podido adquirir la fuerza que tuvieron de no haber existido aquella euforia inicial.

«La vida había recobrado por fin una significación ideal —escribió un autor de izquierdas, Ernst Glaeser, para describir el estado de ánimo imperante en agosto de 1914—. Las grandes virtudes de la huma-

nidad, la fidelidad, el patriotismo, la disposición a morir por un ideal [...] estaban imponiéndose al espíritu mercantil y especulativo [...] La guerra iba a limpiar la humanidad de todas sus impurezas».¹ Era un sentimiento plenamente compartido por el historiador Friedrich Meinecke, quien, desde el otro extremo del espectro político, escribió ya en la posguerra: «Todas las fracturas que habían existido entonces entre el pueblo alemán, ya fuera en el seno de la propia burguesía o entre la burguesía y la clase trabajadora, se curaron de pronto al enfrentarse a un peligro común».²

Aunque en los años recientes diversos expertos han sometido a revisión y han contextualizado el entusiasmo con que los alemanes acogieron la guerra en el verano de 1914,³ pervive el hecho de que, con el estallido de las hostilidades, aquel mes de agosto, muchas personas notaron un sentimiento de unificación. Esta nueva cohesión queda resumida en la famosa frase que el káiser Guillermo pronunció aquel mismo mes: «Ya no veo partidos [políticos]; ahora solo veo alemanes».⁴ Son palabras que hoy en día quizá nos dejen fríos, pero en su momento tuvieron un poder electrizante. Recordemos que Alemania no se había unificado hasta 1871 —por lo que cuando se inició la Gran Guerra no habían pasado ni siquiera cincuenta años— y que incluso después de la Unificación el país seguía siendo una federación de veinticinco estados distintos. Todos ellos reconocían la soberanía del káiser, pero al mismo tiempo protegían celosamente su independencia en el seno de la federación alemana. Baviera, por ejemplo, seguía contando con un ejército y un monarca propios.

Lo que el káiser estaba proclamando en agosto de 1914 era un sentimiento nacionalista de «germanidad». Resultaba especialmente atractivo porque en su modernización durante el siglo xix, el país había experimentado una transformación enorme de carácter no solo político, sino también económico y cultural. Todos estos cambios plantearon a su estela una pregunta general: ¿qué significaba exactamente ser *alemán*, en lugar de bávaro, prusiano o hesiense? El káiser intentó darle respuesta: no importaba a qué partido político pertenecía uno, o de qué estado federal procedía; lo esencial era la germanidad, el hecho de que uno era alemán por encima de todo. Ser alemán significaba que uno debía combatir por el honor de Alemania.

En aquellos años, Emil Klein era todavía solo un escolar; con el paso del tiempo sería un adepto ferviente del nazismo. En su recuerdo, «sen-

tíamos siempre una gran alegría cuando un tren especial, cargado de soldados con sus uniformes de campaña, partía de la estación. Yo estaba allí a menudo, para ver cómo se marchaban; en especial cuando mi padre se fue a la guerra [...] Nos educaron como nacionalistas». Cuando él y los demás alumnos salían a realizar las clases de gimnasia, en filas ordenadas, entonaban «canciones patrióticas» tales como *O Deutschland hoch in Ehren* («Oh, Alemania, la muy honorable»).⁵

Ernst Jünger, un escritor que despertó gran admiración en el movimiento nazi, se unió al ejército en agosto de 1914, cuando contaba diecinueve años. «Al haber crecido en una era de seguridad —escribió—, compartíamos las ansias de peligro, el deseo de experimentar algo extraordinario. La guerra nos embelesó. La iniciamos bajo una lluvia de flores, en una atmósfera ebria de sangre y rosas. No nos cabía duda de que la guerra nos proporcionaría lo que ansiábamos: lo magnífico, lo extasiador, la experiencia sagrada».⁶

Podemos leer sentimientos similares en un joven de veinticinco años que se dedicaba a pintar imágenes para los turistas y, en aquel mes de agosto, estaba viviendo en Múnich: Adolf Hitler. Había nacido en Austria, pero se apresuró a unirse a un regimiento bávaro porque se consideraba alemán. «En aquellas horas me pareció liberarme de los dolorosos sentimientos de mi juventud —escribiría diez años más tarde—. Incluso hoy en día me avergüenza decir que, abrumado por un entusiasmo tormentoso, caí de rodillas y di gracias al Cielo, con el corazón desbordado de emoción, por haberme concedido la buena fortuna de permitirme vivir aquella época. Había empezado la lucha por la libertad, la batalla más poderosa que el planeta había visto nunca». A juicio de Hitler estaba en juego una cuestión épica, la de «si la nación alemana perviviría o no».⁷

En la Oficina de Guerra de Berlín, justo antes de que el conflicto se iniciara, imperaba un estado de ánimo optimista. El agregado militar de Baviera veía «caras sonrientes por todas partes, apretones de manos en los pasillos; uno se felicita por haber saltado el obstáculo [haber decidido ir a la guerra]».⁸

Hoy todo esto nos parece increíble, pero es así porque nosotros sabemos qué sucedió a continuación: cuatro años de guerra que costaron la vida de unos diez millones de soldados (dos millones, alemanes). Los líderes de Alemania, por supuesto, habían previsto un resultado muy distinto. El Alto Mando había planeado una campaña rápida, de acuer-

do con un lema de Federico el Grande, que afirmó que Prusia debía librar guerras «breves y ágiles». Se aspiraba a derrotar al enemigo en el plazo de, a poder ser, unas semanas; a lo sumo, unos meses; en ningún caso se previó un conflicto debilitador de cuatro años de duración. En los tiempos de Federico el Grande, Prusia nunca dispuso de los recursos necesarios para emprender esa clase de guerra; tampoco la Alemania del káiser Guillermo II, que estaba emparedada por sus enemigos, al este y al oeste.⁹

En un principio, el optimismo de los alemanes pareció justificado, puesto que el ejército alemán se impuso en la que se conoce como Batalla de las Fronteras, la primera gran colisión del frente occidental. Pero esta serie de batallas, libradas en el sur de Bélgica y el nordeste de Francia en agosto y los primeros días de septiembre, también puso de manifiesto —con una inmediatez asombrosa— que esta guerra sería de una índole nueva. En Morhange el ejército francés entró en combate portando aún el uniforme tradicional, de pantalones rojos y guerreras azules; los alemanes los barrieron, como blancos fáciles. Fue una lección sangrienta que puso de relieve la necesidad del camuflaje en los conflictos modernos.

Ernst Röhm, quien más adelante lideraría la sección de asalto de los nazis (Sturmabteilung o, en sus siglas, SA), luchó en la Batalla de las Fronteras siendo un teniente de veintiséis años. En la posguerra escribió que, antes de entrar en combate, «todo el regimiento estaba poseído por la alegría y el entusiasmo».¹⁰ Sin embargo Röhm fue testigo directo de cómo aquella «alegría y entusiasmo» inicial de los soldados se enfriaba de golpe ante la potencia devastadora del armamento moderno. Recordaba que fue una batalla «espantosa» en la que «una infantería muy superior y la artillería de las ametralladoras» les impedía moverse.¹¹ Aunque la victoria acabó correspondiendo a su bando, el regimiento sufrió unas «bajas terribles».¹²

Pese a todo, los alemanes siguieron presionando y obligaron a los Aliados a retirarse al interior de Francia. El 27 de agosto un informe del GHQ (siglas del Gran Cuartel General, mando supremo de las fuerzas armadas alemanas) sostenía que el enemigo había emprendido «una retirada colectiva [y era] incapaz de ofrecer una resistencia seria ante el avance alemán».¹³ El 1 de septiembre había soldados del ejército alemán a unos 50 kilómetros de París. Este fue el momento de mayor éxito de la ofensiva alemana. A los pocos días, la guerra cambió su curso global por completo.

Las fuerzas francesas y británicas lograron organizar un contraataque poderoso aprovechando que las líneas alemanas estaban demasiado extendidas. Fue la que se conoció como Primera Batalla del Marne. En apenas unos días obligaron a los alemanes a retirarse a posiciones de más fácil defensa. París se había salvado y en el frente occidental se fue dando paso a un nuevo tipo de conflicto: la guerra de trincheras.

Fue el principio de una guerra que los alemanes y sus aliados eran del todo incapaces de ganar. No era el conflicto «breve y ágil» que deseaban, sino una batalla prolongada y estática que exigía una ingente reserva de recursos, de la que carecían. Sin embargo, la prensa alemana no explicó lo que estaba sucediendo en realidad. Los hechos demoledores de la Primera Batalla del Marne se describieron como un revés sin particular importancia: un simple cambio de posición, una modificación táctica.¹⁴ Fue uno de los primeros ejemplos de la insinceridad que caracterizó la cobertura oficial de la guerra en Alemania; una insinceridad que acarreó enormes consecuencias psicológicas. Los verdaderos culpables de las dificultades a las que se enfrentaba desde entonces el ejército alemán —los líderes militares que habían cometido un error de cálculo fundamental— se escondieron detrás de una lluvia de mentiras; luego estas mentiras ayudaron a los teóricos conspiranoicos a vender toda clase de fantasías.

Resulta irónico —dado que la primera guerra mundial todavía se supone que fue, según la concepción pública mayoritaria, un conflicto carente de novedades e imaginación— que aquellos primeros meses de enfrentamiento representaran también una revolución bélica. Se había acumulado una serie de desarrollos que alteró para siempre la forma en que se combatía. El primero de los cambios —el que Ernst Röhm percibió en la Batalla de las Fronteras— fue el poder aterrador del armamento moderno: muy en especial, las ametralladoras y la artillería avanzada. A ello se añadió el uso de las alambradas para proteger las posiciones defensivas, así como de teléfonos y radios para mejorar la comunicación. Por último, la disponibilidad de alimentos enlatados supuso que millones de soldados podían permanecer varios años luchando en el mismo sitio.¹⁵

Todas estas innovaciones favorecían más a los defensores que a los atacantes. El efecto que se acumulaba sobre el soldado al que se ordena-

ba avanzar era horrendo. Adolf Hitler, en una carta que envió desde el frente a un conocido muniqués, se esforzó por transmitir cómo era aquella nueva clase de guerra: «Al final tronó la orden: “¡Adelante!”. Salimos en tropel y atravesamos raudos los campos hasta una pequeña granja. A izquierda y derecha explotaba la metralla y entre medio las balas inglesas pasaban cantando sin que nosotros les prestáramos atención. Estuvimos allí tendidos durante diez minutos y luego nos ordenaron avanzar de nuevo [...] Nos arrastramos panza abajo hasta el extremo de la zona boscosa. Por encima de nosotros los proyectiles silbaban y aullaban, hacían astillas los troncos, hacían volar las ramas. Y volvieron a caer granadas entre los árboles, que lanzaban nubes de piedras, tierra y raíces y lo envolvían todo en un vapor amarillo-verdoso, hediondo, vomitivo».¹⁶

En 1941, en una conversación privada, Hitler habló sobre la lección que había aprendido en aquella experiencia: «Cuando tomé el camino del frente, en 1914, lo hice con sentimientos de puro idealismo. Luego vi caer en torno de mí a los hombres por miles. Con ello aprendí que la vida es una lucha cruel cuyo único objeto es la preservación de la especie. Cualquier individuo puede desaparecer siempre que haya otros hombres que ocupen su lugar».¹⁷

Ernst Röhm, como Hitler, entendió el auténtico horror que había supuesto la guerra en el frente occidental. De hecho, la experiencia de Röhm fue peor aún. Poco después de la Batalla de las Fronteras, mientras dormía, «recibí [de pronto] un golpetazo en la cara [...] Me toqué la cabeza y comprobé que sangraba; resultó que una astilla de un proyectil me había arrancado la parte superior de la nariz. Me había abierto una herida profunda en plena cara y no había manera de contener la hemorragia...».¹⁸ Los médicos lograron salvarle la vida, pero apenas pudieron hacer nada por la estética facial. Hasta el final de sus días Röhm exhibió una cara desfigurada por el recordatorio de aquella noche.

Las características de la cicatriz de Röhm simbolizaban una dimensión nueva y perturbadora de la guerra moderna, una dimensión de efectos psicológicos duraderos. Había resultado herido por un asaltante que, probablemente, estaba a varios kilómetros de distancia. Esto hacía del campo de batalla un lugar más sangriento que en el pasado. Según escribió Dave Grossman en su influyente análisis *Matar: el coste psicológico de aprender a matar en la guerra y en la sociedad*, a la mayoría de los seres humanos les resulta difícil matar a otra persona cara a cara. Según

cierto estudio, durante la segunda guerra mundial muchos soldados estadounidenses habían sido incapaces de matar con los rifles, cuando veían a las víctimas.¹⁹ Para incrementar el número de muertes a corta distancia fue necesario introducir cambios radicales en la instrucción de combate, ya durante la posguerra. Por eso la artillería es un arma tan poderosa y efectiva: no solo se mata desde la lejanía, sino que se funciona como parte de un equipo; con lo que la responsabilidad de las muertes es compartida. Debe destacarse —según apunta Grossman— que Napoleón fue un partidario claro de la artillería y siempre deseaba contar, en el campo de batalla, con más artillería que el enemigo.²⁰

Muchos de los hombres que alcanzarían posiciones destacadas en el seno del movimiento nazi estaban combatiendo por entonces en aquellas condiciones letales. Además de Hitler y Röhm también estaban allí Hermann Göring, que hacia el final de la guerra era el comandante, muy condecorado, del escuadrón del barón Von Richthofen; Rudolf Hess, que luchó en la Batalla de Verdún, y que se convertiría en segundo del Führer, acabada la guerra; Julius Streicher, que demostró su valor entre el fuego del frente occidental y más adelante fue uno de los antisemitas más virulentos del nazismo;²¹ y Rudolf Höss, en aquel momento el suboficial más joven del ejército alemán, y apenas veinte años más tarde, el comandante de Auschwitz.

Todos ellos —y los demás que sirvieron en el frente— fueron testigos de una carnicería extraordinariamente espantosa; tan espantosa que desde el presente resulta difícil comprender del todo cómo debió de ser su experiencia. Pensemos por ejemplo en el gigantesco monumento erigido en Thiepval, dedicado a los soldados británicos y sudafricanos que combatieron en el Somme. Conmemora a los más de 70.000 soldados «desaparecidos», cuyos restos no se sabe dónde descansan. Cabría preguntarse cómo pueden «desaparecer» más de 70.000 personas; la respuesta es que la mayoría de cuantos fallecieron combatiendo en el frente occidental lo hicieron por efecto de la artillería, que los avances tecnológicos habían convertido en tremendamente letal: sufrir el impacto directo de un explosivo de gran potencia equivalía a ser atropellado por un tren lanzado a toda velocidad. Uno «desaparece» porque se desintegra.

No solo los futuros nazis fueron testigos de todo esto durante la primera guerra mundial; también los futuros pacifistas, comunistas y socialistas. Pues ni todos los alemanes acogieron la guerra con alegría, ni todos los que prestaron servicio en el ejército alemán se afiliaron luego

—ni de lejos— al nazismo. Erich Maria Remarque, por ejemplo, tan solo sirvió unas pocas semanas en la primera línea del frente, en el verano de 1917, antes de resultar herido por la metralla; pero esta experiencia no solo puso fin a su participación en la guerra, sino que le cambió la vida. La novela que escribió años más tarde sobre el conflicto, *Sin novedad en el frente*, se convirtió en un superventas mundial. Remarque sentía que formaba parte de una generación destrozada por la guerra.²² La novela detallaba las experiencias de un personaje llamado Paul Bäumer, que describía cómo la vida en el frente occidental los había convertido, a él y sus camaradas, en criaturas sin humanidad.²³ El horror del hospital de campaña lleva a Bäumer —rodeado de muertos y moribundos— a concluir que la vida es absurda.²⁴ Acaba perdiendo la esperanza en el futuro y temiendo que, después de aquella experiencia devastadora, la posguerra ya no podrá ofrecerles nada.²⁵

Los nazis odiaban *Sin novedad en el frente*, que se publicó en 1929. Despreciaban a Remarque porque pensaba que el sufrimiento de la guerra había sido inútil. Su perspectiva distaba un mundo del modo en que, más adelante, el Partido Nazi pidió a los alemanes que vieran aquel conflicto. Aunque Hitler viera la vida como una «lucha cruel», sin embargo, creía que morir por la nación era un acto de nobleza; la visión nihilista de Remarque le resultaba abominable.

Otro de los soldados, Ernst Jünger, describió la guerra de un modo que sí complacía a los nazis. Durante su servicio en el frente occidental, su experiencia emocional fue del todo distinta a la de Remarque. En sus memorias literarias de lo vivido, *Tempestades de acero*, Jünger proyecta una imagen de sí mismo como líder valeroso y firme: un guerrero capaz de inspirar a sus hombres a permanecer en sus puestos por la bravura que él mismo exhibía. «Lo que me ayudó a defender mis ideas fue el hecho de que yo mismo corría un peligro extremo».²⁶

Mientras una lluvia de proyectiles estallaba con furia a su alrededor, Jünger vivió algo parecido a un despertar espiritual. Vio a sus hombres «petrificados e inmóviles» y «luego, a la luz de una bengala, vi los cascos de acero, uno junto a otro, vi las hojas relucientes, una junto a otra, y me sentí superado por un sentimiento de invulnerabilidad. Quizá nos aplastarían, pero en todo caso, no nos conquistarían».²⁷

Ofreció un relato conmovedor y del todo opuesto a la visión de Remarque, de unos salvajes peleándose brutalmente entre el fango. Aun así, resulta fascinante que la escritura descriptiva de los dos se parece

mucho, puesto que tanto Jünger como Remarque retrataron con vivacidad la pesadilla de la guerra de trincheras. ¿Cómo puede ser que la experiencia de esta guerra provocara en un autor una desesperación nihilista, y en el otro, dignidad y coraje?

La primera respuesta, por supuesto, es que ambos procedían de entornos muy diferentes. Jünger vivió entusiasmado por la aventura desde la infancia; en la adolescencia huyó para sumarse a la Legión Extranjera, aunque luego comprendió que se había equivocado y escapó. En cambio, Remarque era un joven aficionado a la lectura y de carácter más bien pesimista. Más adelante confesó que «en mi juventud, que fue desconsolada, jugueteé con pensamientos suicidas».²⁸ El respectivo origen familiar tampoco se asemejaba. Remarque procedía de unas circunstancias humildes, y Jünger, de una familia acomodada, además de ser miembro de un movimiento juvenil romántico, el Wandervogel. Hay que señalar asimismo diferencias temporales. Jünger se sumó al ejército alemán durante la fase inicial, de entusiasmo bélico, en el verano de 1914; Remarque era tres años menor y lo reclutaron en 1917. Según recordó más tarde el dramaturgo alemán Carl Zuckmayer, que también combatió en la primera guerra mundial: «Llama la atención con qué rapidez, en tiempos como esos, se desarrolla una distancia entre las generaciones y se abre una brecha muy profunda entre grupos a los que tan solo separan uno o dos años de edad». Cuando se reclutó a Remarque, «el avance inicial había degenerado, convirtiéndose en una guerra de desgaste, en una masacre colectiva sistemática y universal»;²⁹ y por entonces este nuevo carácter ya resultaba del todo evidente.

Más de diez años después de que la Gran Guerra terminara, el propagandista nazi Joseph Goebbels generó una publicidad enorme anunciando por un lado su desdén por *Sin novedad en el frente* y por el otro su admiración por los escritos bélicos de Jünger. Estaba librando una batalla por la memoria cultural de la nación, batalla que los nazis estaban resueltos a ganar. Los futuros soldados alemanes debían ir a la guerra imbuidos por la visión de Jünger, no por la de Remarque.³⁰

Sin embargo, los propagandistas nazis topaban con una dificultad clara: a medida que la primera guerra mundial avanzó, la realidad del conflicto se fue asemejando cada vez más a la que se describía en la novela de Remarque. Muy pronto, en enero de 1915, ya se impuso en Alemania el racionamiento del pan; y no tardó mucho en iniciarse también la búsqueda de cabezas de turco. Como la prensa alemana se atenía a las

directrices ofrecidas por los militares —que negaban que el Estado Mayor General hubiera cometido error alguno—, había que buscar otros culpables de lo que estaba sucediendo.

En una carta de 1915, Hitler apunta vagamente qué opinión se estaba formando él: «confiamos en que los que de entre nosotros tengan la buena fortuna de volver a ver la patria la encontrarán más pura, más purgada de la influencia extranjera».³¹ No queda especialmente claro a qué se refería Hitler con lo que hemos traducido aquí como «influencia extranjera» (valdrían asimismo las expresiones despectivas «purgada de extranjerías» o «de extranjerismos»; en el original, *Fremdländerei*). Se ha sugerido que se refería a la influencia checoslovaca sobre Viena o Linz, pero a juicio del mayor experto mundial en Hitler, es improbable que la palabra no incluyera asimismo a los judíos. Independientemente de a qué se refiriera Hitler, es obvio que, al igual que muchos de sus camaradas del frente, estaba buscando cabezas de turco.³²

Los judíos, como es bien sabido, han sido utilizados como cabezas de turco durante más de dos mil años. Y en este punto se intentó de nuevo culparlos de los errores de otros. En 1916 el ministro de la Guerra del estado de Prusia afirmó que muchísima gente perteneciente a la «mayoría de la población» le escribía «sin descanso» para lamentar que los judíos se escaqueaban de combatir en el frente. En consecuencia, se organizó un censo para averiguar con exactitud cuántos judíos prestaban servicio en las fuerzas armadas. El resultado del recuento nunca se dio a conocer en público, y apenas caben dudas de que fue así porque el resultado demostraba que los judíos no eludían el servicio armado. Lo cierto es que los judíos alemanes, en porcentaje, aportaban más de lo que les habría correspondido.³³

La investigación psicológica más reciente revela que este intento de hallar cabezas de turco encaja con un modelo típico. La profesora Karen Douglas, experta en psicología social, cree que como en su mayoría los teóricos conspiranoicos están «buscando a quién culpar», la idea de que «tal gente está moviendo los hilos entre bambalinas» les ayuda a lidiar con sus «sentimientos de inutilidad y desilusión». Los estudios sugieren que «en ocasiones la gente da crédito a las teorías conspiranoicas sobre otros grupos como una forma de proteger o ampliar el propio grupo. Quienes son más narcisistas con respecto a los grupos a los que pertenecen es más probable que tiendan a dar crédito a las teorías conspiranoicas referidas a otros grupos».³⁴ El Alto Mando alemán, desde luego,

manifestó un «narcisismo» muy considerable. Creían ser los militares más excelsos del mundo y, por lo tanto, si estaban perdiendo la guerra... En fin, si la estaban perdiendo, tenía que ser por culpa de otros.

También existe un posible lazo de unión entre las teorías conspiranoicas y la evolución del lenguaje. El profesor Robin Dunbar, que es psicólogo evolutivo, cree posible que el lenguaje evolucionara para que los seres humanos pudieran chismorrear.³⁵ De un modo similar a como nuestros ancestros simiescos usaban el aseo mutuo para establecer y mantener conexiones sociales, los seres humanos habrían desarrollado el lenguaje para crear vínculos, al conversar sobre temas como quién está saliendo con quién, quién está engañando a la esposa o cuál es la explicación real de las últimas acciones del líder.³⁶ Con esta hipótesis como punto de partida —aunque esta asociación es mía, no del profesor Dunbar—, cabría considerar que las teorías de la conspiración son el chismorreos sumo, al fundarse en secretos que los otros intentan esconder. Es posible, por lo tanto, que desde el punto de vista de la evolución tendamos a encontrar atractivas las teorías sobre conspiraciones.

El momento en el que se realizó aquel censo —1916— también puso de relieve una faceta del antisemitismo que se olvida a menudo: evidenció que el antisemitismo puede estar latente durante muchos años para emerger con intensidad renovada durante una crisis. Anteriormente, los judíos se habían beneficiado del proceso de unificación de Alemania, culminado en 1871. Hasta entonces habían sido objeto de diversas prohibiciones —por ejemplo, se les impedía acceder a determinadas profesiones—, pero luego se retiraron diversas restricciones.

Antes de la primera guerra mundial, el antisemitismo no era extraño en Alemania, pero distaba mucho de ser universal. En su mayoría, los alemanes no votaban por los partidos políticos que defendían medidas abiertamente antisemitas. Antes al contrario, muchos judíos de la Europa del Este huyeron a este país a buscar refugio en la seguridad relativa de la que gozaban en el país germano, comparada con la persecución que padecían en otros lugares.³⁷ Pese a todo en Alemania había grupos —sobre todo, entre quienes se hacían llamar *völkisch*— que culpaban a los judíos, al menos en parte, de los cambios inmensos que su país había vivido durante el proceso de modernización, en el siglo xix y principios del xx. Estos grupos *völkisch* se complacían en cantar la belleza de los bosques y las cualidades casi espirituales de los campesinos y granjeros. Desde esta perspectiva, los judíos les parecían la antítesis de tal ideal

bucólico;³⁸ pues los judíos alemanes no solían desarrollar vidas rurales, sino que tendían a establecerse en las ciudades y trabajar en el comercio. Esto era aún herencia de las antiguas restricciones aplicadas a las profesiones que podían desempeñar.

Así las cosas, cuando algunos judíos no se adecuaban a este estereotipo urbano, algunos antisemitas reaccionaban confundidos. El judío alemán Eugene Leviné recordaba que, acabada la primera guerra mundial, estaba en el compartimento de un tren, volviendo de una travesía senderista emprendida con varios amigos también judíos; y otro viajero se puso «a insultar a los judíos. Con lo que le dijimos: “Pero mire, señor, si nosotros somos todos judíos...”. A lo que él respondió con una risotada: “A la fe que usted se piensa, joven, que la gente de campo somos todos unos pamplinas. Porque está muy claro que ustedes son todos juventud alemana, deportiva y amable y de vida sana. ¡Como que me voy a creer yo que son judíos!”. Y lo decía en serio».³⁹

En febrero de 1917, en San Petersburgo, unos acontecimientos dramáticos iniciaron una cadena causal que reforzó la aberrante concepción antisemita de que los judíos eran los culpables de los males de Alemania. Tras un levantamiento de obreros que protestaban por la escasez de alimentos, la crisis no tardó en agravarse y al poco tiempo, a principios de marzo, los revolucionarios obligaron al zar a abdicar, con el apoyo de soldados rusos. La celeridad con la que cayó la casa de los Románov fue un aviso general para las monarquías de Europa.

El Gobierno Provisional que sustituyó al zar se mantuvo en la guerra contra los alemanes y los Aliados. Esto supuso un error colosal; no solo porque la nueva ofensiva rusa —en Galitzia, en el verano de 1917— se saldó con un fracaso, sino porque Vladímir Lenin y los bolcheviques estaban fomentando la revolución en el frente nacional y el amotinamiento en las fuerzas armadas. Pocos meses más tarde, en noviembre de 1917, los bolcheviques lograron hacerse con el poder a costa del Gobierno Provisional.

Aquí surgió una teoría conspiranoica según la cual los judíos estaban detrás del bolchevismo. Algunos líderes bolcheviques —en particular León Trotski— eran en efecto de origen judío; lo mismo se decía de Karl Marx, el teórico que había servido de base a la revolución. Pero la idea de que la revolución de noviembre de 1917 había sido impulsada o controlada por «los judíos» era del todo absurda. En realidad, los judíos representaban una minoría entre los líderes del bolchevismo; en cuanto

a Karl Marx, aunque tenía ascendencia judía, había sido bautizado por su familia como luterano. Sea como fuere —y según sucede igualmente en nuestros días—, a los teóricos de las conspiraciones los hechos les importaban un pito; la mentira de que los judíos controlaban el bolchevismo acabó por convertirse en un componente central del pensamiento nazi.

Con el afán por asegurarse el triunfo de la revolución, Lenin optó por poner fin de inmediato a la participación de Rusia en la contienda. En diciembre de 1917 el nuevo régimen ruso suscribió un armisticio con Alemania y sus aliados (las Potencias Centrales, según se las denominaba de forma colectiva) e inició conversaciones de paz en la ciudad de Brest-Litovsk, que distaba menos de doscientos kilómetros de Varsovia por el este.

De forma simultánea, las Potencias Centrales vivieron un recordatorio de que, en sus propios frentes nacionales, el apoyo al gobierno se estaba fracturando. Durante el invierno de 1917-1918 se produjo una serie de huelgas, primero en Viena y Budapest, luego en Berlín. Parecía que la exigencia de «paz y pan» que había contribuido a encender la mecha de la Revolución rusa se estaba propagando hacia el oeste. Años más tarde, los líderes nazis no olvidaron que el hambre había minado la voluntad de los alemanes durante la primera guerra mundial, y tomaron la determinación de que en ningún caso ocurriera lo mismo durante la segunda.⁴⁰

Desde la perspectiva de León Trotski, las huelgas de 1918 eran la prueba de que la revolución se estaba extendiendo por Europa. Sostuvo que el «proletariado internacional» se alzaría en armas si «el imperialismo alemán intenta quebrantar la revuelta mediante su maquinaria militar».⁴¹

Se equivocaba: las fuerzas de seguridad alemanas lograron sofocar la huelga berlinesa de enero de 1918, y el 9 de febrero las Potencias Centrales firmaron un tratado de paz con Ucrania. A cambio de un millón de toneladas de pan anuales, los alemanes y sus aliados darían reconocimiento a la independencia de Ucrania. Esto representaba una clara provocación contra el nuevo régimen bolchevique, puesto que hasta entonces Ucrania había formado parte del Imperio ruso.

La guerra en el Este —que estuvo en pausa mientras hubo negociaciones— entró de nuevo en erupción. Cerca de un millón de soldados de las Potencias Centrales entraron en Letonia, Estonia, Bielorrusia y

Ucrania. Las fuerzas rusas carecían tanto del poder como de la motivación necesaria para detenerlos, y en marzo las Potencias Centrales habían tomado Kiev.

Lenin estaba aún más ansioso por salir de la guerra. Sabía que una de las razones del derrocamiento del zar había sido la presencia en San Petersburgo de soldados reclutados a la fuerza que se negaban a marcharse al frente. De ello derivó una consecuencia muy simple: debía huir de la contienda, costara lo que costase. Una paz humillante sería preferible a mantener los combates. La desesperación con la que los bolcheviques buscaban concluir un tratado no pasó por alto a los negociadores. El teniente coronel Pokorny, del Estado Mayor General de Austria-Hungría, comentó que «para el gobierno de Lenin, el acuerdo de paz parece ser una cuestión de vida o muerte».⁴²

Pero el tratado que los bolcheviques firmaron con las Potencias Centrales iba mucho más allá de la simple humillación. Representó uno de los acuerdos más draconianos y unilaterales de la historia. Según las condiciones del Tratado de Brest-Litovsk, suscrito el 3 de marzo de 1918, los rusos renunciaban a un tercio de la población de antes de la guerra y casi al 90 % del carbón. Se concedió la «independencia» a toda una serie de territorios controlados anteriormente por los rusos, como Finlandia, Lituania y Ucrania. Pero, en muchos de estos lugares, la supuesta «independencia» se tradujo en la presencia de soldados alemanes.⁴³

Aunque el acuerdo en su conjunto fue desmantelado por los Aliados una vez concluida la primera guerra mundial —por lo que Alemania perdió todo el territorio ganado—, sin embargo, persistía el hecho de que el Tratado de Brest-Litovsk había demostrado que se podía obligar a los rusos a aceptar un acuerdo que los privara de recursos preciosos. Cuando Hitler decidió invadir este mismo territorio durante la segunda guerra mundial, los alemanes tenían presente aquel momento histórico crucial. Según escribió el historiador Golo Mann: «Se ha dicho de Brest-Litovsk que es “la Paz olvidada”, pero los alemanes no la han olvidado. Saben que derrotaron a Rusia y a veces contemplan esa victoria con orgullo, como el gran logro de la guerra europea, real, aunque no consolidado».⁴⁴

Pero si en el Este las Potencias Centrales habían ganado terreno de una forma espectacular, en el oeste la situación se estaba deteriorando. Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania en abril de 1917 y

seis meses después ya había soldados estadounidenses en combate. En el frente nacional alemán la escasez era aún más dramática y la población estaba muy irritada. En mayo de 1918, en Ingolstadt (Baviera), estallaron protestas cuando un inválido se manifestó en la calle en contra de la guerra y la policía replicó dándole una paliza.

Alois Pfaller participó en la manifestación de Ingolstadt, aun siendo tan solo un chiquillo. Lo recordaba así: «Había un gentío enorme. Yo venía del campo [y] nunca había vivido algo parecido [...] Al lado del Ayuntamiento [...] había miles de ciudadanos y de soldados, delante de la comisaría, para exigir [que saliera] el policía que se decía que había apaleado al inválido de guerra [...] Gritaban, cada vez más, pero él no se movía, no salía. Entonces un soldado cogió una piedra y me dijo: “Dale, vamos a romper una ventana y entonces quizá salga”. La verdad es que no me lo tuvo que decir dos veces [...] Era divertido, que te permitieran romper una ventana. ¡Así que lo hice, a fe que lo hice! ¡Y entonces se animó la cosa! En cuanto uno de los cristales saltó hecho pedazos, todos se pusieron a buscar piedras para reventar las ventanas».⁴⁵

Al final, la muchedumbre logró entrar en el Ayuntamiento y destrozar el interior. «Yo para entonces ya me había marchado —rememoraba Pfaller—. Era demasiado para mí. Tenía miedo y puse pies en polvorosa [...] Para una primera vez, ya había tenido bastante. Me parecía demasiado arriesgado». Pero nunca echó en olvido que los soldados destacados en la ciudad «querían parar la guerra» y «todos gritaban: “¡Queremos la paz! ¡Queremos la paz!”». Desde la perspectiva de Pfaller era un ejemplo de cómo la gente corriente puede levantarse en contra de la opresión. Se sintió inspirado por la protesta y más adelante se incorporó al Partido Comunista de Alemania.

Mientras en Ingolstadt los manifestantes campaban con furia, en el frente occidental los alemanes habían emprendido una ofensiva desesperada. El Alto Mando era consciente de que, para acabar con la guerra, era imprescindible actuar con radicalidad; y optó por la «ofensiva Ludendorff», con la intención de obligar a los Aliados a retirarse hacia el canal de la Mancha. Era un ataque a por todas, con tropas de asalto formadas especialmente que cargaron contra la línea de los Aliados bajo la protección de una intensa lluvia de artillería que les caía justo por delante.

Al principio los alemanes ganaron mucho terreno. A finales de marzo de 1918, Alfred Hugenberg —a la sazón presidente del gigantesco

conglomerado acerero de Krupp, más adelante miembro del gabinete de Hitler— envió un mensaje efusivo al mariscal de campo Hindenburg: «Quienes con timidez habían puesto en duda la victoria alemana, y quienes nunca habían creído en ella, la ven ahora ante sus ojos como una posibilidad realizable».⁴⁶

A finales de mayo parecía que París quizá no tardaría en verse de nuevo amenazada. «Es una maravilla ver la expresión que se dibuja ahora en la cara de nuestros valerosos regimientos, cuando avanzan en su asalto —escribió el teniente alemán Herbert Sulzbach—. Pues casi se echan a reír de la alegría y no ven otra cosa que no sea la victoria. ¡Ojalá pudierais verlos desde casa!».⁴⁷ El capitán Fritz Matthaei, que estaba al mando de un batallón de la 36.^a División, también estaba extasiado: «En todas partes había gozo por la batalla, había entusiasmo por combatir —escribió en una carta para la familia—. La victoria llamaba desde todos los rincones; los prisioneros y el botín pasaban en hilera; el sol de mayo brillaba sonriendo por nuestros éxitos. Los días de 1914 parecían haber vuelto».⁴⁸ Y en cierto sentido, era verdaderamente como en 1914: puesto que, así como las victorias del inicio habían sido un amanecer sin continuidad, lo mismo ocurrió con la ofensiva de Ludendorff. Seis meses más tarde Alemania perdió la guerra.

Dado el clima de optimismo de mayo de 1918, muchos alemanes buscaron explicar el catastrófico viraje de la fortuna mediante toda una serie de teorías conspiranoicas, que a menudo implicaban la fantasía de una traición organizada por los judíos y los políticos socialistas. Pero la verdadera razón de la derrota de Alemania era más prosaica. Aunque era cierto que el ejército alemán había ganado mucho terreno en la primavera de 1918, sin embargo, el coste había sido ingente: más de 680.000 perdieron la vida, cayeron heridos, fueron apresados o no se supo más de ellos.⁴⁹

Herbert Richter, un soldado alemán que participó en la ofensiva del Marne de 1918, reconoció que, aunque su unidad «avanzaba bien» y «hacía muchos prisioneros», sin embargo «sufríamos bajas muy gravosas». Aunque él era un simple alférez, en cierta ocasión tuvo que ponerse al mando de una batería de artillería, después de que todos los otros oficiales de la unidad perecieran en combate: «Por suerte lo superé y luego nos ordenaron replegarnos por detrás del frente, para que pudiéramos recuperarnos». A Richter no le pasó por alto otro factor, aquel verano: los Aliados «estaban mejor equipados. Ellos tenían botas imper-

meables», mientras que Richter y sus camaradas «debíamos vadear por el fango» con un calzado muy poco adecuado.⁵⁰

Aunque los Aliados también habían sufrido bajas, mandaba la diferencia de que, gracias a la llegada en aluvión de soldados estadounidenses, había reemplazos suficientes. Este desequilibrio colosal en los recursos fue una de las razones por las que Ferdinand Foch, el comandante supremo de las fuerzas Aliadas, se consideró en condiciones de decirles a los demás líderes de su coalición, el 24 de julio de 1918 —a través de un memorando que les leyó su jefe del Estado Mayor, Maxime Weygand—, que se había alcanzado un «punto de inflexión». «Ha llegado el momento de abandonar nuestra actitud general defensiva, obligada hasta aquí por la inferioridad numérica, y pasar a la ofensiva», dijo Weygand, haciéndose eco del punto de vista de Foch.⁵¹

Los alemanes recibieron tal paliza que tuvieron que someterse. Por medio de los tanques y los aviones, coordinados con bombardeos precisos de la artillería, los Aliados lograron abrir brechas en las líneas defensivas de un enemigo ya exhausto, al que fueron obligando, en los meses inmediatamente posteriores, a retirarse. A finales de septiembre de 1918, tanto el mariscal de campo Hindenburg como el general Ludendorff —en la práctica, los hombres más poderosos de Alemania— habían llegado a la conclusión de que la situación era insostenible. Tenían muy en cuenta lo que había ocurrido el año anterior en Rusia, donde las tropas desmotivadas habían ayudado a derrocar al régimen; querían evitar a toda costa que Alemania sufriera un destino similar. En consecuencia, le dijeron al káiser que no solo se necesitaba un armisticio inmediato, sino que había que apresurarse a demostrar a los Aliados —en especial, a los estadounidenses— que Alemania había adoptado un carácter más democrático.

En lo que respectaba a los propios Ludendorff y Hindenburg, tal estrategia rentaba beneficios adicionales, puesto que los distanciaba de la derrota. Ahora podían culpar de la debacle a la inepticia de los políticos, en lugar de aceptar ellos mismos su responsabilidad. Tal es el telón de fondo que explica que, a finales de septiembre, Ludendorff pronunciara ante su Estado Mayor las famosas palabras: «He aconsejado a Su Majestad que incorpore al gobierno a aquellos grupos a los que, a grandes rasgos, debemos agradecer el hecho de que las cosas hayan llegado al punto en el que hoy estamos [...] Y ahora que concluyan ellos la paz que hay que negociar. Que se tomen ellos el caldo que nos han estado preparando».⁵²

Un elemento crucial del plan de hacer que los políticos «se tomaran el caldo» era seguir ocultando a la opinión pública alemana que el desastre era inminente; más aún, asegurarse de que la propaganda del ejército seguía difundiendo mentiras optimistas.⁵³ Esta argucia —concebida, obviamente, para calmar el estado de ánimo de la población alemana y proteger la reputación de los comandantes— tuvo un efecto devastador, a largo plazo. Supuso que, cuando el armisticio entró en vigor, en noviembre, mientras aún se combatía lejos de los centros del poder alemán, la noticia se recibiera con incredulidad. «No lo podíamos entender —recordaba Herbert Richter—, porque no nos parecía que nos hubieran derrotado, en ningún caso. En el frente las tropas no se sentían derrotadas y nos preguntamos por qué se firmó un armisticio tan acelerado y por qué debíamos abandonar nuestras posiciones a toda prisa, en un momento en que seguíamos en territorio enemigo. Todo aquello nos resultaba extraño».⁵⁴

A finales de octubre y principios de noviembre de 1918, los acontecimientos se aceleraron. Los marinos de Wilhelmshaven se amotinaron cuando se les dio orden de zarpar para lo que consideraban un ataque fútil contra la Marina británica y las protestas no tardaron en expandirse a Kiel y otros lugares de Alemania. Muchos manifestantes se hacían eco de los revolucionarios rusos y, como estos el año anterior, reclamaban que su emperador abdicara.

Desde el cuartel general del ejército alemán en Spa, en Bélgica, el káiser declaró que, si se producía una revolución bolchevique, «yo me pondré al mando de unas pocas divisiones, avanzaré hasta Berlín y colgaré a quienquiera que cometa traición».⁵⁵ Sin embargo quienes lo rodeaban lo disuadieron de emprender aquella acción radical, en buena medida porque algunos generales dudaban de que el ejército estuviera dispuesto a seguir al emperador.

El general Wilhelm Groener propuso otra idea: «el káiser debe emprender el camino del frente, de inmediato, para entrar en combate hasta que pierda la vida».⁵⁶ A juicio de Groener, este sacrificio surtiría un efecto drástico en el modo en que los alemanes percibían la guerra. Pero el káiser no tenía intención de suicidarse y, por lo tanto, durante la tarde del 9 de noviembre abdicó de su cargo y huyó al exilio, a los Países Bajos.

Como era de prever, muchos se ofendieron con la expulsión del káiser. Ludwig Beck, que más adelante sería jefe del Estado Mayor Gene-

ral del ejército alemán, le escribió a su hermana: «Nunca en toda mi vida me había dolido tanto presenciar algo como los hechos de los que he sido testigo estos 9 y 10 de noviembre. Ha sido un abismo inimaginable de mezquindad, cobardía y falta de carácter, que hasta entonces no habría creído posible. En pocas horas se han hecho trizas quinientos años de historia. El emperador ha sido deportado a territorio neerlandés como si de un ladrón se tratara; ningún medio era lo suficientemente rápido; esto se le ha hecho a un hombre noble y de excelente moral». Vale la pena llamar la atención también sobre otras palabras de Beck: «nos han apuñalado por la espalda».⁵⁷ Esta expresión seguiría resonando muchos años.

Pero esta no fue la única respuesta. Algunos oficiales más jóvenes, como Ernst Jünger, consideraron que el káiser no había estado a la altura de su posición suprema, al no haberse sacrificado en combate. En 1922 Jünger escribió que «las incontables figuras que fueron a la muerte antes que el káiser bien pueden exigir la muerte de este».⁵⁸

Fridolin von Spaun, que a sus dieciocho años aún no se había incorporado al ejército alemán, también se sintió desazonado por la decisión de huir del káiser: «Tuve que contemplar cómo las clases gobernantes de Alemania, es decir, la aristocracia, el emperador, los reyes y príncipes de los estados federados, desertaban sin que un golpe de Estado los obligara a hacerlo. Me parecía incomprensible que ninguno intentara oponer resistencia. ¿Por qué el príncipe heredero no entraba en Berlín con un ejército, aunque la guerra estuviera perdida? En su lugar, dejaron el caos». Spaun, que más adelante se uniría al Partido Nazi, llegó «a la conclusión de que las clases gobernantes de la era precedente ya no eran aptas para seguir gobernando. Fue una conclusión dolorosa, pero, para mí, de gran importancia».⁵⁹

La imagen de un káiser que se escabullía para salvar el propio pellejo perduró como una mancha permanente en la reputación de la monarquía. Luego creó un contraste evidente entre el káiser —que durante la contienda estuvo a salvo, lejos de los combates, y después vivió con opulencia en el exilio— y el servicio que Hitler prestó como simple soldado en el frente, donde ganó una Cruz de Hierro por su valentía.

A pesar de la derrota, cuando los soldados volvieron a Alemania no se les trató como parte de un ejército humillado. Un periodista de *The Times* fue testigo de la «enorme muchedumbre» que acogió a los soldados en Berlín con una «calurosa recepción». El 10 de diciembre de 1918

el nuevo canciller, Friedrich Ebert, dijo ante las tropas que desfilaban por la Puerta de Brandemburgo: «Ningún enemigo os ha derrotado. Solo cedimos cuando la ventaja de nuestros enemigos en hombres y materiales se hizo aún más extrema, pues ante el heroísmo de vuestro coraje, era nuestro deber no exigirnos más sacrificios en vano».⁶⁰

No es difícil imaginar por qué Ebert predicó la falsedad de que el ejército alemán no había sido derrotado. Se corría el riesgo de que estallara una revolución y por lo tanto si manipular la verdad les servía para mantener la lealtad de los soldados..., bienvenida fuera la manipulación, pensaron. Pero al adoptarse este rumbo se alimentó también la otra mentira, aún más perniciosa, que fomentaban Ludwig Beck y otros: que el ejército que luchaba en el frente había sido «apuñalado por la espalda» por enemigos interiores situados lejos de los combates, en la propia Alemania.

Uno de los hombres más respetados del país adoptó esta misma teoría conspiranoica en 1919. El mariscal de campo Paul von Hindenburg había hecho cuanto había estado en su mano para escapar de la culpa que le correspondía por el curso desastroso que la guerra había tomado. La propaganda militar se había esforzado por describirlo como «el héroe de Tannenberg», en homenaje a la victoria que había dirigido en 1914, en el frente oriental. Pero de las derrotas posteriores apenas se hacía mención, a diferencia de este triunfo inicial.

En el marco de una audiencia pública, Hindenburg aprovechó para distanciarse aún más de la humillación sufrida por Alemania el año anterior. Afirmó que durante la guerra había procurado la «cooperación alegre u obligada» de los partidos políticos del país, pero que se había «topado con flaquezas e incapacidad». Citó aprobatoriamente las palabras de un «general inglés» que, según él, había reconocido que «al ejército alemán lo han apuñalado por la espalda». Así las cosas, concluyó, no se podía responsabilizar al ejército de lo ocurrido.⁶¹

Con estas palabras Hindenburg causó un daño descomunal a la psique de muchos alemanes. En el caos que imperaba después de la guerra, entre los millones de nacionalistas predominaba el ansia de que una figura de confianza les dijera la verdad. ¿Y en qué figura podía confiarse más que en el gran conquistador, en el héroe de Tannenberg? Ante este telón de fondo, supuestamente honorable, apenas cabe subestimar el papel de Hindenburg en la difusión de la mentira sobre la «puñalada por la espalda». Según escribió con especial perspicacia el periodista Theodor Wolff en noviembre de 1919: «La desafortunada teoría de los cabezas de

turco no habría podido surgir si por otro lado no hubiera emergido la teoría de la infalibilidad», es decir: de que Hindenburg y Ludendorff no se habían equivocado en nada.⁶²

Lo que es peor: según ha señalado la profesora Douglas, la investigación psicológica demuestra que «una vez que alguien cree en algo con gran fuerza, resulta muy difícil modificar esas creencias». Además «cuando alguien da crédito a una teoría conspiranoica, es más fácil que dé crédito a otras o se interese por ellas. Es una vorágine en la que uno puede acabar por perderse un poco».⁶³

En enero de 1919, en el contexto de este clima enfebrecido, parecía que la revolución alemana podía triunfar. Hubo algaradas en las calles de Berlín, fomentadas por dos figuras clave de la izquierda: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Liebknecht abogaba abiertamente por la revolución mundial. Fridolin von Spaun, que escuchó a Liebknecht tomar la palabra, quedó horrorizado: «Querían sumir a Alemania en el caos —recordaba—. Querían derribar el gobierno de Ebert. Yo llegué a la conclusión de que debíamos resistirnos a ese intento y desde entonces hice todo lo que estuvo en mi mano por oponerme».⁶⁴

Poco después, en efecto, Spaun se sumó a un Freikorps («Cuerpo Libre»). Los Freikörper eran grupos de paramilitares de ultraderecha que se formaron después de la derrota en la guerra, a menudo a soldada del gobierno. Muchos de ellos confiaban en la futura creación de un «Tercer Reich». (Se entendía que el «Primer Imperio» o «Primer Reich» había sido el Sacro Imperio Romano, mientras que el segundo era el originado en la Unificación alemana y había durado hasta el final de la primera guerra mundial.) Para la mayoría, no obstante, la idea de un Tercer Imperio no tenía más equivalencia concreta que un concepto nebuloso sobre el renacimiento de Alemania. «Nada era más característico del espíritu asociativo de los *Oberländer* [los integrantes de nuestro Cuerpo Libre] que su idea del Tercer Reich —escribió un miembro del Freikorps Oberland—. Estos hombres soñaban profundamente con tales sueños de Misterio; un misterio que, cuando se intentaba definir con precisión, se corrompía inevitablemente como todo simple programa político concreto».⁶⁵ Los hombres de los Cuerpos Libres profesaban una lealtad absoluta a su comandante, con un acto que simbolizaba «la subordinación del individuo [...] a las necesidades de la nación entera».⁶⁶

Los Freikörper interpretaron un papel crucial en la supresión del levantamiento de Berlín. El 15 de enero de 1919 se capturó y asesinó tanto a Luxemburgo como a Liebknecht. Ebert, al igual que Gustav Noske, que tan solo unas semanas antes había ayudado a aplastar la revolución de Kiel, no tuvo ningún inconveniente en utilizar a aquellos matones autónomos, además de a las tropas gubernamentales. Vale la pena destacar aquí que Ebert y Noske no eran políticos derechistas, sino miembros del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD, en sus siglas alemanas). En aquellos tiempos desesperados ni siquiera el centro-izquierda hacía ascos a los paramilitares de ultraderecha.

Cuatro días después de las muertes de Luxemburgo y Liebknecht, los votantes alemanes acudieron a las urnas para elegir los diputados de la nueva Asamblea Nacional. Fue un momento histórico en la política de Alemania: las primeras elecciones en las que las mujeres podían votar. Los resultados fueron inequívocos: el pueblo alemán deseaba un cambio. Una gran mayoría votó por partidos comprometidos tanto con la democracia como con la nueva Alemania.

Pero nada de esto significaba que el clima político se hubiera estabilizado. En Múnich, por ejemplo, se vivía una situación tensa. Un periodista socialista, Kurt Eisner, había logrado incitar a los soldados a la rebelión, aprovechando una manifestación del 7 de noviembre de 1918. Los acontecimientos se desarrollaron con una rapidez asombrosa, y en las primeras horas del día siguiente se proclamó la nueva república de Baviera. La familia real bávara —incluido el rey— abandonó la ciudad a toda prisa.

Ernst Röhm, que estaba viajando por Múnich aquel mes de noviembre, quedó horrorizado por lo sucedido. Le pareció que había sido «el más vergonzoso de los derrocamientos del sistema». En su autobiografía, que vio la luz en 1928, citó una serie de folletos que se había encargado de «redactar y distribuir» en febrero de 1919, donde expresaba «mi punto de vista del momento». Röhm reprendía en esas páginas a los soldados que habían participado en la revolución, diciéndoles que «en una hora en la que la Patria vivía en estado de suma necesidad, habéis traicionado a vuestro emperador y vuestro rey y habéis violado el juramento que prestasteis delante de Dios». El «espíritu» de los soldados había sido envenenado —añadía— por «canallas y judíos sobornables». «Ahora esos judíos y extranjeros os gobiernan», afirmaba Röhm, y junto con otros «traidores a nuestro país», habían «apuñalado por la espalda a

nuestras valerosas tropas». Invocaba pues a los soldados a «¡... salvar el honor, restaurarlo, después de haber violado un juramento prestado formalmente delante de Dios!». ⁶⁷

Son los primeros pasos de una estrategia que los nazis utilizaron en los años por venir. En efecto, Hitler acogió en el partido a muchos miembros de las fuerzas armadas que anteriormente habían dado apoyo a los socialistas (e incluso a los comunistas), a condición de que reconocieran la «traición». De hecho llegó al punto de deformar la realidad y afirmar que, en los primeros años de la década de 1920, el «90 %» del Partido Nazi eran «izquierdistas». ⁶⁸ La clave para posibilitar este cambio de lealtades, por supuesto, fue la teoría conspiranoica según la cual los izquierdistas habían sido manipulados por un núcleo de «judíos» y «traidores», a los que se tenía por los verdaderos instigadores del caos, por lo que a ellos nunca se los perdonaría.

Muchos otros grupos de la derecha, no solamente los nazis, también culparon a los judíos de lo que estaba sucediendo en Alemania. Un día después de que Kurt Eisner proclamara el «Estado Popular de Baviera», la Sociedad Thule —una organización *völkisch*— celebró en Múnich una asamblea en la que tomó la palabra su fundador, Rudolf von Sebottendorff. «¡Hermanos y hermanas! —empezó diciendo Sebottendorff—. Ayer fuimos testigos del hundimiento de todo lo que nos resultaba familiar, querido y digno. En el lugar de nuestros príncipes de la sangre, manda ahora nuestro enemigo mortal: Judea. Aún no sabemos qué emergerá de este caos. Pero bien podemos adivinarlo. Llegará la hora de la batalla, de penalidades amargas, ¡llegará un momento peligroso! Pues todos los que estamos en esta lid corremos peligro, porque el enemigo nos odia con el odio infinito de la raza judía. Ahora es el “ojo por ojo, diente por diente”». ⁶⁹

El hecho de que poco antes Kurt Eisner hubiera pasado cierto tiempo en prisión, acusado de haber incitado una huelga, y el de que hubiera nacido en una familia judía encajaban a la perfección en el relato que Sebottendorff quería contar. No le cabía duda de que Eisner se caracterizaba por ese «odio infinito de la raza judía». Pero como siempre ocurre con los prejuicios, la hipótesis planteada por Sebottendorff —suponiendo que su retahíla de insultos pueda dignificarse con el nombre de «hipótesis»— se basaba en una selección interesada de los datos. La causa fundamental de la revolución de Múnich, en noviembre de 1918, no había sido una figura como la de Eisner —por extraordinario que él fue—

ra—, sino las repercusiones de una guerra perdida. Eisner se había limitado a dar voz a un resentimiento y una cólera que ya existían.

No olvidemos que si Eisner hizo realidad el derrocamiento de la monarquía bávara fue solo porque contó con el apoyo de miles de personas, incluidas dos feministas, Anita Augspurg y Lida Gustava Heymann. «Anita Augspurg y yo fuimos a ver a Kurt Eisner —escribió Heymann años más tarde—. Lo que ese hombre quería coincidía con nuestras aspiraciones, con las aspiraciones hacia las que se dirigía el trabajo de nuestra vida; nos unía el mismo anhelo de liberarnos de la esclavitud, el anhelo de libertad y de justicia [...] Vistos en perspectiva, los meses que siguieron se asemejan a un sueño maravilloso, pues sin duda fueron increíblemente fabulosos [...] El gravísimo peso de los años de la guerra había desaparecido; habíamos pasado a caminar con agilidad, con optimismo. Las horas del día perdieron el significado; nos olvidábamos de las comidas; la noche daba paso al día sin que necesitáramos dormir; solo una única llama ardía con vigor: la de ser activas y ayudar en la construcción de una comunidad mejor [...] Por fin las mujeres podíamos crear a partir de la abundancia [...] Fueron unas semanas de invierno repletas de trabajo, esperanza y felicidad».⁷⁰

Sea como fuere, Eisner vivía en riesgo permanente, ante un posible ataque de los contrarrevolucionarios. El 21 de febrero fue víctima de un asalto brutal. El conde Anton von Arco auf Valley disparó contra él y lo mató, cuando se dirigía al Parlamento. «Eisner quiere instaurar la anarquía —había escrito Arco, antes del ataque—, es un bolchevique, es un judío, no es alemán, no se siente alemán, está socavando todos y cada uno de los sentimientos alemanes y está traicionando a su país».⁷¹

La muerte de Eisner se revistió de una ironía amarga. Primero porque ya había sufrido un revés político de importancia, al haber perdido terreno en unas elecciones recientes; después porque probablemente Arco actuó así porque él mismo era en parte de ascendencia judía y, en consecuencia, Sebottendorff se había negado a admitirlo en la Sociedad Thule. Sebottendorff había escrito que Arco «poseía sangre judía en sus venas por parte de madre [cuyo apellido de soltera era Oppenheim]: es un cerdo judío».⁷² Poco le importaba que muchos Oppenheim se hubieran convertido al cristianismo y militaran en la derecha política; para Sebottendorff seguían siendo judíos. Era un racista fanático que lo reducía todo a la «sangre» que corría por las venas. De hecho, el lema de la Sociedad Thule era: «¡Recuerda que eres alemán! ¡Mantén limpia tu sangre!».⁷³

Entre un sinfín de problemas económicos —empeorados por la prevalencia de la epidemia de la «gripe española», que mató a más de 250.000 alemanes—, en abril se formó en Múnich una *Räterepublik* («república de consejos») de corte socialista. Los defensores radicales de este nuevo régimen habían dado por descontado, al principio, que el Partido Comunista participaría en el gobierno; pero en el último minuto, los comunistas les retiraron el apoyo. Por su parte los socialdemócratas, encabezados por Johannes Hoffmann, huyeron a Bamberg (en el norte de Baviera) y denunciaron a los revolucionarios muniqueses.

Esta *Räterepublik* inicial perduró menos de una semana. Pero este tiempo bastó para que diera origen a chistes recurrentes. En respuesta a un mensaje de Lenin, que preguntaba cómo iba la «revolución», el vicedirector de Exteriores, el Dr. Franz Lipp, contestó que la buena noticia era que «el proletariado de la Alta Baviera [está] felizmente unido» y la mala, que «Hoffmann [...] se ha dado a la fuga llevándose consigo la llave del aseo del ministerio». ⁷⁴ Por otro lado Lipp le declaró la guerra a Suiza por negarse a «prestar» al nuevo gobierno sesenta locomotoras de ferrocarril. Luego se supo que hacía poco que le habían dado el alta en un psiquiátrico. ⁷⁵

El régimen que sucedió a la primera *Räterepublik* mostró una actitud que difícilmente podría haber sido más distinta: la segunda *Räterepublik* fue en efecto una república soviética de línea dura, dirigida por revolucionarios implacables. El catalizador de su ascenso fue el intento del socialdemócrata Hoffmann de recuperar el control sobre Múnich.

Para estabilizar la situación en el interior de la ciudad, Eugen Levíné, un comunista alemán, aunque nacido en Rusia, se hizo con el poder personalmente y expulsó a los aficionados de la *Räterepublik* original. Cuando Alois Pfaller se enteró de la noticia, sintió que «el advenimiento del socialismo era un rayo de esperanza: se iba a derrotar el desempleo, tendríamos derecho a tener trabajo, nos pagarían más [...] ¡Había esperanza, y tanto que sí!». ⁷⁶

Muchos líderes de este nuevo régimen habían nacido como judíos. Esto precipitó aún más propaganda antisemita de sus opositores, que de nuevo afirmaron, con falsedad, que existía un vínculo inseparable entre el judaísmo y el bolchevismo.

A finales de abril, las fuerzas gubernamentales de Alemania, con el apoyo de los *Freikörper*, estaban listas para atacar. Primero tomaron Dachau, que dista unos veinte kilómetros de Múnich, al noroeste; el 1

de mayo entraron en la capital bávara. El asalto se intensificó al saberse que el día antes los líderes de la República Soviética Bávara habían ordenado asesinar a diez rehenes. Estos asesinatos vivieron muchos años en la propaganda de los nacionalistas. Varios factores se combinaron para que tales muertes fueran especialmente notables. El primero fue el fusilamiento de una mujer, y no una mujer cualquiera, sino una aristócrata, la condesa Heila von Westarp. Otro fue que los asesinatos se desarrollaron en el patio de un centro escolar, el *gymnasium* Luitpold.

Emil Klein, un adolescente de Múnich que «poco a poco cobraba conciencia política», quedó horrorizado por la noticia de los asesinatos. «Fue la primera vez que supe que pasaban esas cosas, que se mataba a rehenes [...] Era un ejemplo perfecto de horror, para mí —rememoraba—. Es un recuerdo muy poderoso que nunca me ha abandonado: los rojos fusilando a rehenes en un instituto de Múnich, es algo de lo que tengo un recuerdo muy claro».

Klein vio llegar a la ciudad a las unidades de los Freikörper derechistas, y contó que «la gente los saludaba con flores [...] y gritos de “¡Hurra!”». Pues entonces la gente no había empezado aún a gritar “¡Heil!””, sino que aún gritaban “¡Hurra!” [...] ¡Y los rojos estaban liquidados! Era lo mejor que podía pasar [...] Desde luego nosotros, los jóvenes, estábamos más que entusiasmados». Recordaba que un Freikorps les permitió, a él y varios amigos, sentarse en lo alto de sus blindados «y luego nos llevaron durante parte del camino, hasta que bajamos [...] Por supuesto, el día que entraron en la ciudad fue magnífico».⁷⁷

Ernst Röhm, que entró en Múnich como parte de un Freikorps liderado por Franz von Epp, participó en la posterior «limpieza» de la ciudad. Hablamos de un asunto sangriento, que costó la vida a un total de hasta un millar de personas.⁷⁸ Sin embargo, el «recuerdo muy claro» que nunca se borró de la memoria de Klein fue el asesinato de los diez rehenes del instituto Luitpold, perpetrado por los comunistas. No resulta de extrañar que así fuera, porque más adelante los nazis hicieron un gran hincapié en la «amenaza» que había supuesto la breve existencia de esta República Soviética de Baviera.

Exactamente una semana después de que los Freikörper y otras tropas entraran en Múnich, se produjo un acontecimiento de una importancia aún mayor. Sucedió al oeste, a unos 675 kilómetros de la

capital bávara, a las afueras de París. Una delegación alemana viajó al palacio de Versalles para conocer los detalles del tratado que pondría fin formalmente a la guerra. Los alemanes, por su condición de perdedores del conflicto, no habían participado en las conversaciones de los Aliados al respecto; pero, evidentemente, el tratado iba a alterar de una forma fundamental las vidas de todos ellos.

Aunque es bien sabido hasta qué punto Hitler y los nazis abundaron en el Tratado de Versalles para justificar muchas de sus agresiones, con frecuencia se pasa por alto un aspecto importante de la historia. Los nazis —y no solo ellos, sino también muchos otros alemanes— afirmaban que los Aliados habían quebrantado lo prometido respecto a la naturaleza del acuerdo de paz. Específicamente, consideraban que el presidente estadounidense les había mentado.

En enero de 1918, el presidente Woodrow Wilson había tomado la palabra en el Congreso de su país para exponer los «Catorce Puntos» que deberían usarse para crear la paz después de la guerra. Eran ideas progresistas, asociadas con la autodeterminación, el desarme y el libre comercio. Las palabras de Wilson parecían ofrecer un modo de sanar Europa después de la contienda.

Fridolin von Spaun puso voz a lo que muchos alemanes pensaban al decir que «algunos de esos puntos nos parecieron bastante aceptables. Había dos puntos en particular: el derecho a la autodeterminación nacional, ¡maravilloso! Y el segundo punto: Alemania tendría que desarmarse. Pero como simple principio de un desarme general». Sin embargo, en vez de un acuerdo de paz basado en los Catorce Puntos de Wilson, Spaun sufrió una «profunda decepción» al enterarse de que el Tratado de Versalles imponía una serie de medidas de castigo para su país. «Lo llaman “tratado” —se lamentaba—, pero no era ningún tratado. Era un *Diktat* [una imposición]». ⁷⁹

Según las condiciones de Versalles, Alemania perdería el 13 % de su territorio, incluidas la Alsacia, la Lorena y amplias extensiones de la Prusia oriental. Ahora bien —y este punto también se olvida a menudo—, si pensamos en la escala del territorio cedido, era claramente inferior a la que los alemanes y sus aliados obligaron a ceder a los rusos en Brest-Litovsk, o a la que los húngaros tendrían que ceder poco después, según lo estipulado en el Tratado de Trianon.

Para los alemanes, la pérdida de los territorios no lo era todo, y tampoco las «reparaciones» que tendrían que pagar, predicablemente muy

onerosas. Además, dieron gran importancia a una cláusula del tratado que prohibía que Alemania se uniera con Austria, en cualquier eventualidad, incluido el caso en que los austríacos lo desearan expresamente así. Por otro lado, más de un millón de habitantes de etnia alemana residían en territorios que el país germánico cedería a la Polonia reconstituida. ¿Acaso esto no era traicionar claramente el sueño wilsoniano de la autodeterminación?

Desde el punto de vista de, como mínimo, las emociones, otra condición era aún peor. De acuerdo con la cláusula de la «culpabilidad», se obligó a Alemania a reconocer que el país tenía la culpa de la guerra. A muchos alemanes esto les parecía especialmente injusto. ¿Acaso la mecha que había prendido el conflicto no había sido el asesinato del archiduque austríaco a manos de un serbobosnio?, alegaban. ¿Y qué había que decir de la movilización de las fuerzas armadas rusas?, ¿acaso esto no había contribuido a causar la guerra?

En los complicados días y meses que siguieron al armisticio, muchos alemanes habían confiado en que el futuro podía ser mejor. Tenían confianza en que los Catorce Puntos del presidente Wilson ofrecían un punto de partida nuevo; y por otro lado no una figura cualquiera, sino su nuevo canciller, les había dicho que su ejército no había sido derrotado. En el momento de Versalles, por el contrario, la rueda de la fortuna había dado un giro catastrófico y se les ordenaba aceptar la culpa de haber iniciado la guerra.

El conde Ulrich von Brockdorff-Rantzau —el ministro de Exteriores y cabeza de la delegación alemana en Versalles— entró en cólera al leer las condiciones del tratado. El 7 de mayo de 1919 envió a los Aliados una respuesta devastadora, para recordarles el sufrimiento que había seguido padeciendo Alemania después del armisticio, dado que la continuidad del bloqueo había impedido que llegaran al país alimentos y otros productos: «Los cientos de miles de no combatientes que han fallecido [en Alemania] desde el 11 de noviembre [de 1918] han sido destruidos de forma fría y deliberada después de que nuestros oponentes obtuvieran una victoria clara y segura. Recuérdenlo bien cuando hablen de culpa y de redención», dijo. Además, hizo hincapié en que los Aliados habían renegado de la promesa según la cual la «base de la paz» serían los principios presentados por Woodrow Wilson.⁸⁰

En Berlín, Philipp Scheidemann —que había ocupado el lugar de Ebert en la cancillería, después de que este fuera nombrado presiden-

te— se mostró no menos furioso. Según dijo ante el Reichstag: «Al parecer, el sangriento campo de batalla que se extendía del mar del Norte a la frontera suiza ha revivido en Versalles, como si los fantasmas librasen todavía una última batalla de odio y desesperación sobre los cadáveres amontonados [...] Os pregunto: ¿qué hombre honesto —no diré “qué alemán...”—, qué hombre leal y honesto podría aceptar tal clase de condiciones? ¿Qué mano no se atrofiaría antes que atarnos con tal clase de cadenas?». ⁸¹

Heinz Guderian, un oficial alemán que había luchado en las trincheras y años más tarde se convertiría en uno de los comandantes de blindados más famosos de la segunda guerra mundial, también estaba desesperado: «Si aceptamos esta paz, estamos acabados; y si no la aceptamos, probablemente, también...». Creía que suscribir el tratado sería una deshonra, incluso al precio de que en caso contrario los Aliados reanudaran la guerra. Al menos en estas circunstancias «todo lo que podrán hacernos es destruirnos», pensaba Guderian. ⁸²

Scheidemann no se consideró en condiciones de hacer cumplir los términos del tratado y el 20 de junio dimitió de la posición de canciller. Alemania quedó en una encrucijada. Los Aliados tenían la intención de cumplir con la amenaza de invadir el país germánico si sus representantes no firmaban el tratado y los generales alemanes habían dejado claro que apenas tenían posibilidad de ofrecer resistencia. En esta situación desesperada, el presidente Ebert se rindió ante lo inevitable. El nuevo gabinete, encabezado por Gustav Bauer, acordó que el tratado debía suscribirse, aunque fuera acogido con un escándalo público. ⁸³ Las personas que pusieron su firma en el documento —en una ceremonia escenificada en la Galería de los Espejos de Versalles, el 28 de junio de 1919— fueron vilipendiadas por siempre por la derecha nacionalista.

La oposición a Versalles fue una de las razones por las que un exsoldado llamado Adolf Hitler entró en política. En su libro *Mein Kampf* escribió que en noviembre de 1918 decidió emprender una carrera política por el disgusto que le había provocado el final de la contienda. ⁸⁴ Pero esto era mentira. Durante todo el período analizado en el presente capítulo, hasta la misma firma del Tratado de Versalles, Hitler había ido a la deriva, sin que pareciera tener ninguna certeza sobre su futuro.

Eso estaba a punto de cambiar.